

## HEMINGWAY, MILLER, MARILYN Y DI MAGGIO

Ernest Hemingway, en *El viejo y el mar*, hace que su protagonista, el pescador **Santiago**, sea un admirador del jugador de **béisbol Joe DiMaggio**, uno de los más grandes en la historia de este deporte. **DiMaggio** encarnó el prototipo del americano **triunfador** y se casó con el **icono sexual** del momento, la actriz **Marilyn Monroe**, de la que finalmente se separó. Después, **Marilyn** se casó con el dramaturgo **Arthur Miller**, autor entre otras obras dramáticas, de *Muerte de un viajante*. En esta tragedia de la vida corriente, **Miller** cuenta la historia de **Willy Loman**, un viajante de sesenta y tres años, que ha querido encarnar el **sueño americano**, pero no ha podido lograrlo. Sus hijos, **Happy** y **Biff**, jugaban al **fútbol americano** cuando eran jóvenes estudiantes de instituto. A **Biff**, capitán del equipo de su escuela, que iba a participar en los campeonatos escolares nacionales, se lo rifaban tres universidades. Sin embargo, al final no se gradúa en el instituto por culpa de su actitud en la asignatura de Matemáticas, la cual no consigue aprobar, y su sueño también termina. **Happy** y **Biff** son altos y robustos, encarnan al americano que triunfa, pero ninguna de los dos lo consigue. La obra de Miller es un alegato contra ese **sueño americano** que habían cantado los creadores e intelectuales desde al menos **Walt Whitman**.

Sobre **Marilyn Monroe** se ha escrito muchísimo. Cuando se casó con **Miller**, hablaban de la Bella y la Bestia, el cuerpo y el cerebro, la musa y el artista... El suicidio de **Marilyn** la convirtió en un **mito**. También **Miller** lo fue: considerado un clásico vivo, galardonado en múltiples ocasiones, tenido por el dramaturgo contemporáneo norteamericano más importante, falleció de enfermedad en 2005.

Vamos a reproducir aquí unos fragmentos de *My Story. Memorias de Marilyn Monroe. Con la colaboración de Ben Hecht*, un libro muy interesante sobre la célebre actriz, traducido por **Marta Pessarrodona** (Barcelona, Global Rhythm, 2011) y magníficamente ilustrado con fotografías de **Milton H. Greene**, realizadas entre 1953 y 1957. Los textos de **Marilyn** están muy bien retocados por el guionista **Ben Hecht**, que habló con la actriz durante varios meses para hacer su trabajo. Ben había estado nominado al **Oscar** en cinco ocasiones y había ganado uno con *La ley del hampa* (1929). Fue solicitado por grandes directores como **Víctor Fleming** (*Lo que el viento se llevó*), **Alfred Hitchcock** (*Enviado especial*, *Náufragos*), **Ernst Lubtisch** (*El bazar de las sorpresas*), **King Vidor** (*Duelo al sol*), **Charles Vidor** (*Gilda*), los **hermanos Marx** (*Amor en conserva*, primera película en la que aparece Marilyn). Tenía gran facilidad y rapidez para modelar personajes y construir diálogos creíbles, como se aprecia en este libro dedicado a la diosa del sexo, M. Monroe.



En el **epílogo** del libro, redactado por **Víctor Fernández**, se cuenta la historia de estas "**Memorias inacabadas**", que empiezan con los primeros años de **Norma Jeane** (nombre real de Marilyn) y terminan con el capítulo "Serenata coreana", donde la estrella de **Hollywood** decide cantar para los **soldados americanos** destinados en el frente.

**Marilyn** conocía a **Hetch** y apreciaba su talento. En 1954 le confió el proyecto de escribir sus **memorias**, pues ella se había convertido en una de las actrices más deseadas de Hollywood y circulaban rumores sobre su infancia turbulenta, su aparición desnuda en un calendario, su boda con el campeón **DiMaggio**, su condición de "rubia tonta" después de haber protagonizado películas como *Los caballeros las prefieren rubias* o *Cómo casarse con un millonario*... Hetch realizó varias **entrevistas** con la actriz en el hotel Beverly Hills, de Los Ángeles, y se desinhibía mucho al hablar de su pasado: los hogares de adopción, su madre con problemas mentales, un padre desconocido, su tía Grace, las miradas de los chicos en el

instituto, su primer matrimonio de conveniencia con el hijo de unos vecinos (**Jim Dougherty**), su deseo de ser madre. Hetch la llamaba “la *belle* temblores y lágrimas”, porque la chica se desahogaba con él.

El primer **borrador** de Hetch tenía 168 páginas que Marilyn debía aprobar. Ella quedó encantada. Una obra sencilla y magistral, directa y dramática, donde aparecían algunas **frases** que han quedado para la posteridad, como la célebre “Hollywood es un lugar donde te pagan mil dólares por un beso y cincuenta centavos por tu alma. Lo sé porque rechacé la primera oferta bastante a menudo y siempre exigí los cincuenta centavos”. El agente de Hetch, **Chambrun**, vendió el manuscrito sin el consentimiento del autor ni de la actriz al **Empire News**, de Londres, y además lo alteró a voluntad. El manuscrito original se conserva en el **archivo personal de Ben Hetch** que custodia la **Newberry Library de Chicago**, pues Hetch, muy enfadado, cambió de agente y exigió a Chambrun que le devolviera sus materiales. A su vez, Marilyn, muy enfadada con Hetch, amenazó con demandarlo, aunque parece que finalmente las explicaciones del escritor la convencieron y no lo hizo.

El fotógrafo **Milton H. Greene** compró los derechos del manuscrito para proteger a su amiga Marilyn y no lo publicó hasta 1974, pero en aquella edición ocultó sibilinamente el papel de Hetch como redactor, hasta que la verdad sobre la autoría fue conocida definitivamente en el año 2000.

## JOE DIMAGGIO



“Me sentía constantemente cansada. Peor aún, me sentía aburrida. Parecía como si los colores hubieran desaparecido del mundo. No era desgraciada ni me tendía en la cama llorando y dándome golpes en la cabeza. Esto se había acabado... por lo menos por el momento.

Lo que sucedía era que, trabajando para hacerlo bien, había olvidado todo lo que se refería a la vida. Ya no había diversión en nada. No había amor en mí por nada ni nadie. Sólo había éxito... incipiente.

Y, más tarde, un amigo del estudio me dijo:

—Un tipo así. Es Joe DiMaggio.

—He oído algo sobre él —dije.

En parte era verdad. Conocía el nombre, pero en realidad no sabía a qué se dedicaba.

—¿No sabes quién es? —preguntó mi amigo.

—Es un jugador de fútbol o de béisbol —dije.

—¡Qué maravilla! —dijo mi amigo riéndose—. Ya va siendo hora de que salgas del túnel de Marilyn Monroe. DiMaggio es uno de los nombres más importantes que jamás haya tenido el béisbol. Sigue siendo el ídolo de millones de admiradores.

—No me apetece conocerlo —le dije.

Cuando me preguntó la razón, le dije que no me gustaba la manera en que se vestían los deportistas y los atletas.

—No me gustan los hombres con trajes chillones —le dije—, con americanas cruzadas y grandes músculos y corbatas de color rosa. Me ponen nerviosa.

Sin embargo, me dispuse a reunirme con un grupo de gente que cenaba con DiMaggio en el restaurante Chasen.” (“30. Mi receta personal para la fama”, p. 187)

## “31. UN CABALLERO CENTROCAMPISTA

Era una noche fragante y llegué tarde, como de costumbre. Cuando el anfitrión de la cena dijo: «Miss Monroe, le presento a Joe DiMaggio», me sorprendí bastante. Joe DiMaggio era algo inesperado.

Había pensado que conocería a un tipo chillón, deportivo. En su lugar me encontré sonriendo a un caballero reservado, vestido con un traje gris, con una corbata gris y cabellos grises. Había unas motas azules en su corbata. Si no me hubieran dicho que era un jugador de pelota hubiera dicho que se trataba o de un magnate del acero o de un congresista.

—Estoy encantado de conocerla —me dijo, y seguidamente se quedó callado para el resto de la velada. En la mesa estábamos sentados juntos. Sólo le hice una observación.

—Hay una mota azul exactamente en el centro del nudo de su corbata —le dije—. ¿Le costó mucho tiempo conseguirlo?

DiMaggio sacudió su cabeza. Inmediatamente pude ver que no era un hombre que gastara palabras inútilmente. Actuar de una manera misteriosa y lejana cuando había gente era mi propia especialidad. No me di cuenta de cómo iba a funcionar en alguien que estaba muy ocupado siendo también misterioso y lejano. Comprobé durante el año siguiente que había cometido un error respecto a este ídolo del béisbol. Joe no fingía cuando permanecía en silencio y era el hombre menos lejano que jamás haya conocido. Era sólo su manera de ser en sociedad.

Pero, retornando a mi primera comida con DiMaggio, no intentó impresionarme, ni impresionar a nadie más. Los otros hombres hablaron e hicieron gala de sus personalidades. DiMaggio se limitó sólo a estar allí. Sin embargo, fue de alguna manera el hombre más interesante de la mesa. El interés estaba en sus ojos. Eran agudos y estaban alerta.

Más adelante me di cuenta de algo extraño. Los hombres de la mesa no alardeaban ni contaban sus historias para llamar mi atención. Era a DiMaggio a quien cortejaban. Esto era una novedad. Ninguna mujer jamás me había ensombrecido tanto con anterioridad.

Pero, en la medida en que me concernía, DiMaggio era una novedad total. En Hollywood, un hombre, cuanto más importante es, más habla. Cuanto mejor es su trabajo, más cacarea. Según los estándares propios de Hollywood en cuanto a grandeza masculina, mi compañero de mesa era un *donnadie*. Sin embargo, jamás había conocido a un hombre en Hollywood que consiguiera tanto respeto y atención en una comida. Sentarse junto a DiMaggio era como sentarse junto a un pavo real con su cola abierta... así de perceptible era una.

Me sentía terriblemente cansada cuando llegué al lugar. Ahora, repentinamente, ya no me sentía cansada. No podía negar que me atraía. Pero no podía descifrar por qué razón. Siempre era capaz de decir lo que hacía que un hombre me atrajera. Excepto en esta ocasión con DiMaggio.

Mis sentimientos por este hombre silencioso y sonriente empezaron a perturbarme. ¿Qué sentido tenía revolotear por el lugar, por un hombre que era como si estuviera sentado solo en el vagón de observación de un tren?

Más tarde empecé a comprender algo. Su silencio no era una pose. Era su manera de ser. Y pensé: «Uno aprende a ser silencioso y a sonreír de esta manera teniendo a millones de personas mirándote con afecto y excitación, mientras permaneces solo en disposición *de hacer algo*».

Sólo deseaba saber qué hacía DiMaggio. Intenté recordar lo que hacían los jugadores en la época en que Jim Dougherty me llevó a un partido de fútbol. No podía recordar nada interesante.

Nunca había visto un partido de béisbol; por lo tanto no tenía sentido intentar imaginar lo que hacía un jugador de béisbol que fuera importante. Sin embargo, ahora estaba segura de que había algo. Al cabo de una hora todos los hombres de la mesa aún seguían hablando en favor de DiMaggio.

Los hombres son muy distintos de las mujeres a este respecto. Siempre adoran a un campeón de su sexo. Es difícil imaginar una mesa llena de mujeres que durante una hora se dediquen a halagar y cortejar a otra mujer aunque sea como tres campeones.

Desde mi observación acerca de la mota de color azul no hubo más conversación entre mi compañero de mesa y yo. Considerando que me sentía atraída, no podía dejar de pensar: «Me pregunto si sabe que soy una actriz. Probablemente no. Y probablemente nunca lo sabrá. Es el



tipo de egocentrista que antes se cortarían un brazo que expresara cierta curiosidad acerca de otra persona.



Todo esto es una pérdida de tiempo. Lo que debo hacer es irme a casa... y olvidarlo... sin perder tiempo».

Dije al anfitrión que estaba cansada y que me esperaba un día muy duro en el estudio. Era la verdad. Actuaba en un filme titulado *Niebla en el alma*.

DiMaggio también se puso en pie.

—¿Puedo acompañarla hasta la puerta? —me preguntó.

No lo desanimé.

En la puerta rompió de nuevo su silencio.

—La acompañé hasta su coche —dijo.

Cuando entramos en el coche hizo un parlamento aún más largo.

—Me hospedo no muy lejos de aquí y no tengo ningún medio de transporte —dijo—. ¿Le importaría parar frente a mi hotel?

Le dije que encantada de hacerlo.

Al cabo de cinco minutos de conducir empecé a deprimirme. No me gustaba la idea de que DiMaggio saliera del coche y de mi vida al cabo de un par de minutos, que era lo que iba a suceder tan pronto como llegáramos a su hotel. Reduje la velocidad del coche hasta hacer que se arrastrase cuando nos acercábamos al lugar.

En el momento preciso, DiMaggio volvió a hablar.

—No me apetece mucho entrar —dijo—. ¿Le importaría conducir un poco más?

¿Cómo iba a importarme? Mi corazón dio un brinco y me invadió la felicidad. Pero todo cuanto hice fue asentir misteriosamente con la cabeza y responder:

—Es una noche deliciosa para dar un paseo en coche.

Estuvimos dando vueltas durante tres horas. Después de la primera hora empecé a saber cosas acerca de Joe DiMaggio. Era jugador de béisbol y había jugado con el Yankee Ball Club de la Liga americana en Nueva York. Siempre sentía temor cuando salía con una chica. No le importaba salir una vez. Lo que no le gustaba era la segunda vez.

Por lo que se refiere a la tercera vez, era algo que raramente sucedía. Tenía un amigo leal, llamado George Solotaire, quien intervenía en su favor y rogaba a la chica que desapareciera.

—¿Está Solotaire en Hollywood contigo? —le pregunté.

Me dijo que efectivamente estaba allí.

—Intentaré no ponerle las cosas demasiado difíciles cuando empiece a rogarme que desaparezca —le dije.

—No creo que tenga necesidad de utilizar los servicios de Solotaire en este viaje —respondió.

Después de esto estuvimos otra media hora sin hablar, pero no me importó. Por instinto sabía que habría muy pocos cumplidos de DiMaggio y que serían muy espaciados; por lo tanto me contentaba con sentarme en silencio, disfrutando del que ya me había rendido.

Seguidamente volvió a hablar.

—Vi tu fotografía el otro día —dijo.

—¿De qué película era? —pregunté.

—No era una película —respondió—. Era una fotografía tuya en la página de deportes.

Recordé la fotografía. El estudio me había mandado en una gira publicitaria a Pasadena donde cierto equipo de Chicago llamado The Sox se estaba entrenando para estar preparados para la sesión de béisbol del Este. Llevaba unos pantalones bastante cortos y un sujetador y los jugadores me subieron por turno en sus hombros y jugaron a cargar conmigo en sus espaldas mientras los del departamento de publicidad tomaban fotografías.

—Imagino que te habrán hecho fotografías en giras publicitarias un montón de veces —le dije.

—No exactamente —respondió DiMaggio—. La mejor fotografía que me han hecho en la vida ha sido con Ethel Barrymore o con el general MacArthur. Tú eres más guapa.

La afirmación me hizo un efecto extraño. Había leído hojas y hojas acerca de mi buen aspecto y docenas de hombres me habían dicho que era bella. Sin embargo, era la primera vez que mi corazón había



dado un brinco al oírlo. Sabía lo que esto significaba y empecé a tontear. Empezaba algo entre DiMaggio y yo. Siempre era bonito cuando algo empezaba, siempre era excitante. Pero siempre acababa siendo aburrido.

Empecé a sentirme tonta conduciendo por Beverly Hills como un gato que merodeara.

Pero no era nada tonto.”

(“31. Un caballero centrocampista”, pp. 189-194)

### “34. BODA CON JOE

Tengo que ir con cuidado al escribir acerca de mi marido, Joe DiMaggio, porque se avergüenza con facilidad. Muchas cosas que me parecen normales o incluso deseables le molestan mucho.

Le molesta que lo fotografíen o lo entrevisten. Incluso si le piden que participe en alguna gira publicitaria le da un ataque.

A Joe no le importa que escriban sobre su persona, pero está en contra de hacer algo para alentar o atraer la publicidad. En realidad, la publicidad es algo que lo avergüenza más que cualquier otra cosa.

La publicidad fue uno de los problemas durante nuestras relaciones amorosas que siguieron a nuestro paseo de tres horas por Beverly Hills aquella primera noche.

—Me pregunto si podré soportar toda tu estúpida publicidad —dijo Joe.

—No tienes por qué formar parte de ella —alegué.

—Sí debo —dijo—. Y me molesta.

—Forma parte de mi carrera —le dije—. Cuando eras un ídolo del béisbol no dabas esquinazo a los fotógrafos.

—Sí lo hacía —repuso.

—Yo no puedo hacerlo —le dije.

—Lo sé —asintió Joe.

—¿Quieres que me esconda en un sótano? —le pregunté.

—Veremos cómo resulta esto —dijo.

Había un buen número de cosas que debían «resultar». Una de ellas era el escote de mis vestidos y chaquetas.

Cedí en esto. Ya no llevo vestidos escotados. En su lugar tienen una especie de cuello. El escote llega a unos centímetros de mi mentón.

Dejé a un lado el problema sobre los escotes durante algún tiempo. Pero después de mi aventura con el ejército en el Concurso de Belleza de Atlantic City, pensé que tal vez Joe estaba en lo cierto con su teoría de «no les enseñes nada».

La situación en el estudio parecía empeorar día a día. Quiero decir que cada vez que pensaba en ello me parecía peor.

Entre los puntos en contra que la oficina directiva tenía contra mí estaba el hecho de que había dado un plantón de una hora a Zanuck en una ceremonia de entrega de premios. Me acusó de haberlo hecho adrede. No era cierto. Estaba trabajando en el plató y me costó una hora quitarme el maquillaje y devolver a mi pelo su aspecto normal.

Pero el haber dejado plantado a Zanuck era sólo una cara del problema que seguía aumentando. Incluso la cuestión de que me dieran más dinero era una cuestión secundaria, para mí, así como para el estudio. Cuando un estudio tropieza con un nombre taquillero en su apogeo, esto significa un haber de millones. Y todos los estudios han aprendido a mostrarse muy considerados, económicamente, hacia la gallina que pone sus huevos de oro... mientras sigas poniéndolos durante algún tiempo, por lo menos.

El problema se refería a algo más profundo. Quería que me trataran como a un ser humano que se había ganado algunos derechos desde sus días de orfanato.

Cuando pedí ver el guión de un filme en el que se había anunciado que actuaría en calidad de estrella, me informaron de que Zanuck no consideraba necesario que lo viera por anticipado. Me daría mi papel para que lo aprendiera de memoria a su debido tiempo.

El título de la película era *La muchacha de medias rosadas*. Era una nueva versión de una antigua historia de Betty Grable.

El título me ponía nerviosa. Trabajaba con toda mi voluntad intentando llegar a ser una actriz. Consideré que el estudio podía conseguir ganancias exhibiéndome con medias rosadas en un filme burdo, pero que yo no quería hacerlo.



Notifiqué al estudio que no podía estar de acuerdo en actuar en este filme hasta leer el guión... y que me gustara. Y me fui a San Francisco donde vivía Joe.

La primera respuesta del estudio fue suspenderme y dejarme fuera de nómina. No me importó. El paso siguiente fue anular la suspensión y concederme de nuevo mi sueldo. Tampoco esto me importó.

Más tarde llegó un ejemplar del guión de *La muchacha de medias rosadas*. Lo leí y esto sí me importó.

Era mucho peor de lo que me había temido. Las películas musicales por lo general tienen argumentos tontos. Este estaba por debajo de la tontería. Era estúpido... incluso para un filme sobre la década de 1890.

Tenía que interpretar el papel de una maestra de escuela relamida, de una virtud furiosa, que pasa a ser una especie de bailarina oriental en el sótano de una taberna para ganar dinero suficiente para que su prometido entre en la Facultad de Medicina. Su prometido es de muy buena clase social, con una mamá viuda, pero con poco dinero. Esta pelma, que rezumaba ranciedad como un clisé escuálido, con medias rosadas, era el personaje más vulgar que jamás había leído en un guión cinematográfico.

¿De qué servía ser una estrella si tenías que interpretar algo de lo que te avergonzabas? Cuando pensaba que Joe o alguno de mis amigos me verían en la pantalla como una maestra de escuela que meneaba el trasero, daba traspies y hacía muecas por la gran causa de la medicina, me sonrojaba de pies a cabeza.

La medias sonrosadas ni siquiera conseguía casarse con el hombre de la buena sociedad por quien se había destapado y meneado en el sótano de una taberna. En su lugar se casaba con el propietario del sótano: un hombre de aspecto tosco, pero con un corazón de oro (o de latón).

Respondí al estudio que no me gustaba el guión y que no iba a interpretarlo.

Supe a través de distintas personas que el guión no le había gustado a nadie del estudio. Incluso la convicción de Zanuck de que se trataba de una obra maestra, acerca de gente sencilla pero vivaz, se había derrumbado en parte ante la negativa de uno de sus mejores directores a realizarlo.

Pero esto no ayudó a mi causa. Todo el mundo podía despreciar la película, incluyendo, finalmente, el público, y yo iba a seguir equivocándome. Esto se debía a que la oficina directiva no me perdía de vista. A sus ojos seguía siendo una actriz extravagante que se había abierto paso contra su buen juicio.

No me puse furiosa, pero me entristecí. Cuando el resto del mundo contemplaba a alguien llamado Marilyn Monroe, Zanuck, en cuyas manos estaba mi futuro, sólo era capaz de ver a Norma Jeane... y tratarme como habían tratado siempre a Norma Jeane.

Con Joe habíamos hablado de casarnos durante algunos meses. Sabíamos que no sería un matrimonio fácil. Por otra parte no podíamos seguir para siempre como un par de amantes que iba de un lado a otro. Podía empezar a dañar nuestras carreras.

Al público no le importa que la gente viva junta sin estar casados, suponiendo que no exageren la nota. Sería muy extraño que al público le importara, puesto que, según el doctor Kinsey en su informe sobre este tema, el ochenta por ciento de todas las mujeres casadas han tenido verdaderas experiencias amorosas prematrimoniales con sus esposos.

Después de mucho hablar con Joe decidimos que, puesto que no podíamos dejar lo nuestro, el casamiento era la única solución a nuestro problema. Pero habíamos dejado la fecha y el lugar en el aire.

Un día Joe me dijo:

—Tienes todos estos problemas con el estudio y estás sin trabajo, ¿por qué no nos casamos ahora? Tengo que ir al Japón para unos asuntos de béisbol y podríamos aprovechar el viaje para la luna de miel.

Así es Joe, siempre frío y práctico. Cuando me entusiasmo ante alguna revista que ha publicado una gran fotografía mía, hace una mueca y se burla un poco.

—De acuerdo, pero ¿dónde está el dinero? —me pregunta.

—Es publicidad —le respondo chillando.

—El dinero es mejor —dice tranquilamente, como suelen hacerlo los hombres cuando creen que tienen razón.

Y así nos casamos y salimos rumbo a Japón en nuestra luna de miel.

Era algo que jamás había planeado o soñado: convertirme *en* la esposa de un hombre importante. Ni Joe había pensado jamás en casarse con una mujer que parecía ser publicidad en un ochenta por ciento.

La verdad es que nos parecemos mucho. Mi publicidad, como la importancia de Joe, es algo externo. No tiene nada que ver con lo que realmente somos. Todavía no sé lo que le parezco a Joe. Es un hombre al que le cuesta hablar. Lo que Joe es para mí: un hombre cuyo aspecto y carácter me gustan de todo corazón.”

(“34. Boda con Joe”, pp. 203-207)

## MARILYN Y EL SEXO

### “33. UN SABIO ME ABRE LOS OJOS



El hombre más inteligente que haya conocido nunca es Michael Chejov, actor y autor. Es un descendiente de Antón Chejov, el gran dramaturgo y escritor de cuentos ruso. Es un hombre de una gran profundidad espiritual. También es abnegado, beatífico y vivaz. En Rusia era el mejor actor que tenían. Y en Hollywood, en la media docena de filmes en los que ha actuado, se lo considera soberbio. No había actor de carácter que llegara a la suela de los zapatos de Michael Chejov, ni que pudiera actuar de payaso y de Hamlet, en papeles amorosos ni la mitad de bien. Pero Michael se retiró de la pantalla. El último filme en el que actuó fue en *El espectro de la rosa*, en el cual su actuación fue aclamada como brillante.

En su hogar, Michael se dedicó a escribir, a cuidar de su jardín y a dar clases de teatro a un grupo reducido. Me convertí en una de sus alumnas.

Como alumna de Michael, aprendí mucho más que a actuar. Aprendí psicología, historia y buenas formas del arte: el gusto.

Estudí una docena de obras teatrales. Michael hablaba sobre los personajes y las diversas maneras de representarlos. Jamás había oído nada tan fascinante como la explicación de mi profesor. Cada vez que hablaba, el mundo parecía hacerse más grande y más interesante.

En una ocasión, Michael y yo estábamos interpretando una escena de *El jardín de los cerezos*. Representar una escena con Michael Chejov en su casa era más interesante que actuar en un plató cinematográfico de los que he conocido. Actuar se convertía en algo importante. Se convertía en un arte que pertenecía al actor, no al director o productor, o al hombre que había comprado el estudio con su dinero. Era un arte que te transformaba en alguien distinto, que hacía crecer tu vida; y tu mente. Siempre me había gustado actuar; había intentado duramente aprender a hacerlo. Pero con Michael Chejov actuar llegó a ser más que una profesión para mí. Se convirtió en una especie de religión.

A mitad de nuestra escena de *El jardín de los cerezos*, Michael se paró repentinamente, se pasó la mano por los ojos durante un momento y luego me miró con una mueca afectuosa.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —me preguntó.

—Lo que quieras —le dije.

—Dime sinceramente —Michael volvió a preguntarme—, ¿pensabas en el sexo mientras realizábamos esta escena?

—No —le dije—, no hay sexo en esta escena. No pensaba en el sexo en absoluto.

—¿No pensabas un poco en abrazos y besos? —insistió Michael.

—En absoluto —le dije—. Estaba totalmente concentrada en la escena.

—Te creo —dijo Michael—, siempre dices la verdad.

—A ti sí—le respondí.

Paseó arriba y abajo durante unos minutos y dijo:

—Es muy extraño. En toda tu actuación en esta escena he ido recibiendo vibraciones sexuales de ti. Como si fueras una mujer atrapada por la pasión. Me paré porque pensé que debías estar sexualmente demasiado perturbada como para seguir.

Empecé a llorar. No prestó ninguna atención a mis lágrimas, sino que siguió decididamente:

—Comprendo tu problema con el estudio ahora, Marilyn, y también comprendo al estudio. Eres una mujer que emite vibraciones sexuales, no importa lo que estés haciendo o pensando. El mundo entero ya ha respondido a estas vibraciones. Salen de la pantalla cuando tú apareces. Y a los jefes de tu estudio les interesan sólo tus vibraciones sexuales. No les importas nada como actriz. Puedes ganar una fortuna con

sólo vibrar ante la cámara. Ahora veo por qué rechazan verte como una actriz. Les resultas más valiosa como estimulante sexual. Y todo cuanto quieren de ti es sacar dinero fotografiando tus vibraciones eróticas. Puedo comprender sus razones y sus planes.

Michael Chejov me sonrió.

—Puedes conseguir una fortuna con sólo plantarte o moverte frente a las cámaras, casi sin actuar — dijo Michael.

—No es lo que quiero—le dije.

—¿Por qué no? —me preguntó afectuosamente.

—Porque quiero ser una artista —le respondí—, no una rareza erótica. No quiero que me vendan al público como un afrodisíaco del celuloide. Que me miren y empiecen a agitarse. Estaba bien en los primeros años. Pero ahora es distinto.

Esta conversación inició mi lucha con el estudio.

Me di cuenta de que, igual que había luchado en una ocasión por entrar en el cine y convertirme en una actriz, ahora tendría que luchar por ser yo misma y poder usar mi talento. Si no luchaba me convertiría en una mercadería para vender en el carrito cinematográfico.

Seguí llamando al estudio pidiendo una entrevista con el director. Me dijeron:

—No hay entrevistas... límitese a aparecer en el plató cuando reciba notificación.

Me quedé en mi habitación sola y hablando conmigo misma. Estaban dispuestos a darme mucho dinero: un millón si me casaba con ellos y nunca cometía infidelidades y me enamoraba del arte. No había aceptado el millón de Johnny Hyde y Johnny era un personaje mucho más dulce y afectuoso que la 20th Century Fox. Decidí que tampoco quería el millón del estudio. Quería ser yo misma y no sólo una vibración extravagante que hiciera ganar millones a los mercaderes del estudio.”

(“33. Un sabio me abre los ojos”, pp. 199-202).

